

EL CATOLICISMO, RELIGION DE REALIDADES

POR ser el catolicismo una religión que lleva en su centro y en todas sus radiaciones la más augusta verdad de Dios, del mundo y del alma, es, asimismo, en el conjunto de su esencia y de sus eficiencias, una religión realista, y se quiere decir con ello que todo allí responde a una realidad externa completísima, superior a los métodos cognoscitivos. No sucede lo mismo con ninguna de las religiones falsas ni con los numerosos *ismos* en que se divide el pensamiento humano, los cuales son, más que otra cosa, productos de la mente, sin una realidad exterior bien manifestada que les sirva de formación y de base. Sabido es cómo funciona el mecanismo del conocimiento. Para tener noticia de las cosas que nos han sido manifestadas por los sentidos —*nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*—, el entendimiento agente fabrica, para que lo conozca y lo examine el entendimiento posible, lo que se denomina en filosofía escolástica especie inteligible, valiéndose de la «ilustración de los fantasmas sensibles». Son todos términos de la Escuela empleados a cada paso por Santo Tomás de Aquino. No se trata, pues, de un conocimiento directo, tal como lo han querido explicar otros insignes filósofos, entre ellos Luis Vives. Conocemos mediante especies inteligibles y el verbo del entendimiento, que, como todo verbo, está desde el principio. Hay más todavía, y en esto sí que no cabe discusión de ninguna clase. Las ciencias se constituyen con los tres grados de abstracción del entendimiento. En el primero se abstrae la materia sensible individual y quedan los conceptos generales. En el segundo también éstos son abstraídos para dejar sólo la extensión, y en el tercero es anulada a su vez la extensión, para que sólo reste la noción

comunísima de ser. Al primer grado corresponden las ciencias físicas; al segundo, las matemáticas, y al tercero, las filosóficas. El mecanismo del conocer, con las especies inteligibles, el verbo del entendimiento y los tres grados de abstracción de la inteligencia, han llevado a los filósofos a la duda de si la noción que nosotros tenemos de las cosas corresponde a la realidad externa de los objetos, y no ha faltado quien niegue la misma existencia exterior e independiente del mundo visible fuera de los fantasmas interiores que forman la imaginación y el entendimiento.

El origen de las ideas es uno de los puntos más difíciles e importantes de la filosofía. Los empiristas, exagerando y sacando de su acepción apropiada el principio de que nada hay en la mente que no haya penetrado por los sentidos, concluyeron que todo el conocimiento era sensible y que no podíamos tener noticia de otro mundo que el visual y tangible. Es la escuela sensista o sensualista de Locke, Condillac, Destutt-Tracy, los Enciclopedistas y luego los positivistas del siglo pasado: Comte, Spencer, Bain, etc. En las dos *Filosofías* de Balmes, elemental y la fundamental, pueden examinarse en todos sus pormenores los argumentos racionales y de intuición y de evidencia que se oponen a semejante teoría. Por otra parte, la doctrina de las ideas innatas, defendida en la antigüedad por Platón y desarrollada desde el siglo xvi hasta los finales del xix por Descartes y los Ontologistas más o menos encubiertos, como Malebranche, Leibnitz, Gioberti y Rosmini Servati, han contribuido no poco al idealismo en que se ofrecen las modernas tendencias sociales, poco conformes con el realismo cristiano y católico, por más que alguno de los autores citados sea creyente fervoroso y sabio de primera línea. El racionalismo trascendental de Alemania, que tiene orígenes remotos en Descartes, toma cuerpo en las doctrinas de Kant y luego adquiere desarrollo en los sistemas panteístas de Fichte, Schelling, Hegel y los filósofos que siguen, más o menos modificadas, sus tendencias, como Krause, Schopenhauer, Hartmann..., y en no pocos respectos el mismo Nietzsche, prescinde de la realidad exterior y da como criterio al conocimiento la cualidad razonable, de manera que

para ellos las cosas no se ofrecen a nosotros como algo distinto de nuestra propia intelección, antes es la inteligencia aplicada al raciocinio la facultad que las crea. Según las conclusiones lógicas de semejantes opiniones, lo real es solamente lo racional y no se ha de atender a otra cosa en el orden del conocimiento y de la ciencia que a las fórmulas, imágenes y relaciones de ideas, ya resultado, ya fundamento de la investigación. Se comprende que tal modo de proceder llevase implícita la negación de Dios y que un filósofo de la izquierda hegeliana, el israelita David Strauss, pudiera componer con el aparato científico propio del sistema aquella *Vida de Jesús*, antecedente de la más conocida de Renán, en que se niega la existencia del Salvador del Mundo, mero logograma de nuestra sed de infinito y pura fórmula matemática de los datos suministrados por la tradición y la historia. ¿No está aquí el germen y hasta el embrión de la herejía modernista, condenada en 1907 por Pío X en su encíclica *Pascendi*? ¿No se ve con claridad meridiana la razón que asistía al Pontífice inmortal cuando declaraba que en el modernismo convergen todas las opiniones erróneas, condenables y condenadas, esgrimidas contra el cristianismo a través de las centurias? Del hegelianismo procede también, como todos saben, el sistema de Carlos Marx que está en la médula del bolchevismo ruso, si bien al autor de *El Capital* le fué necesario desvirtuar por completo el espiritualismo del maestro y acoplar después lo poco que quedaba de sus teorías a unos resultados de índole materialista y con ambiente, no filosófico y general, sino económico y particular. Marx hace bajar a la alcantarilla los errores de la cátedra y allí los mezcla y los confunde con todo lo que hay de vil y de inmundado en el alma caída de los humanos. los cuales, gracias a él y a sus sectuaces, se convierten en infrahombres, *Undermen*, como ha dicho Soard. La frase de Nietzsche cobra, gracias a tantas y tantas desventuras, todo su alcance. Ya no es el superhombre el que mira a los demás como «objeto de risa, de vergüenza y de dolor». Son los hombres los que pudieran hacerlo mirando a los infrahombres si prescindieran de la fraternidad cristiana y dejaran de considerar que Cristo murió en la cruz por todos

nosotros, no únicamente por unos pocos privilegiados, una clase, un grupo, una congregación de elegidos.

El problema en este punto de la filosofía moderna es el siguiente: no hay ciencia más que de lo general; como lo real se da en los individuos y no en los conceptos universales, resulta que no puede haber una ciencia de lo real. Es la lucha y oposición entre la lógica, que nos provee de fórmulas generales para el conocimiento de las cosas, abstraída toda razón de individualidad, y la metafísica u ontología que, no obstante llevar por cimiento la más perfecta y última de las abstracciones, afirma la existencia real, transcendente de los seres y de cuantas situaciones accidentales se dan en ellos. Tenemos aquí el magno problema de los universales discutido durante siglos enteros por los doctores de la Edad Media. Consiste en saber si los conceptos universales tienen o no realidad fuera de la mente. Hay tres escuelas. La nominalista, que los designa con el apelativo de *flatus vocis* y les niega toda realidad exterior. El famoso Abelardo cayó en la herejía antitrinitaria por seguir esta tendencia. La escuela realista pretendía que los universales existen más allá del entendimiento que conoce. Escuela intermedia fué la conceptualista, y la solución vino a darla el Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino, al asegurar que a los conceptos universales, en cuanto son universales, no corresponde realidad alguna fuera de la mente, pero que las cosas mismas son el fundamento real de tales conceptos.

Las religiones falsas, y en general los *ismos*, suelen ser más bien fórmulas del conocer que realidades. El catolicismo es, por el contrario, realidad, y sobre ella, y sin perder ninguno de sus elementos constitutivos, ni ninguna de las etapas en que todos y cada uno se nos ofrecen en el orden de la sucesión temporal, hay fundados verdaderos sistemas de conocer y sentir y verdaderas ciencias, cuyos principios, desenvolvimientos y resultados proceden, no obstante su índole universal y mental, de la viva realidad con que entramos en relación. El catolicismo, como religión de verdad, es, por esencia y excelencia, realista, ya que la verdad es lo que es, como dice San Agustín, y como no cabe el realismo sin jerarquía, pues la jerarquía

bien asentada es una prueba de la verdad y del orden —donde no hay jerarquía hay desorden—, resulta que el catolicismo lleva en su propia sustancia el principio jerárquico, tanto en lo especulativo como en el aspecto práctico de las sociedades. La Humanidad es un concepto universal. Existen los hombres, cada uno de ellos con su alma y las cualidades habituales y actuales que han de labrar su destino. El conjunto de los hombres, como todo plural, es un concepto común de entender, una forma de conocimiento, una idea para simplificar lo vario y conseguir que de una sola mirada lo veamos. No cabe el amor a los conceptos universales. Nadie ama, por ejemplo, el principio de contradicción, o el aforismo que proclama la igualdad entre sí de dos cosas iguales a una tercera. ¿Cómo ha de realizarse, por consiguiente, el precepto del Decálogo que nos manda amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos? ¿Se equivoca Santo Tomás cuando dice que los universales no existen fuera de la mente, pero que tienen en las cosas singulares el fundamento real de su existencia? No. El cristianismo, religión de verdad y de realidad completísima, contesta lo siguiente por boca de su divino fundador (Mat. XXV, 34-40): «Entonces el Rey dirá a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi padre, a tomar posesión del reino celestial que os está preparado desde el principio del mundo, porque yo tuve hambre y me disteis de comer: tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me hospedásteis; estaba desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitásteis; encarcelado y vinisteis a verme y consolarme. A lo cual los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento y te dimos de comer; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te hallamos de peregrino y te hospedamos; desnudo y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a visitarte? Y el Rey, en respuesta, les dirá: En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis». En los versículos siguientes, la enumeración se repite con tono negativo para los réprobos de la izquierda, que no supieron tener caridad ni socorrer al menesteroso en sus desdichas.

La religión católica no es un mero signo de intelección, como lo es, por ejemplo, el protestantismo, y de ahí su aridez, la sequedad de su culto, sus tremendos errores dogmáticos (donde sólo se admiten dos sacramentos), lo triste y desabrido de su moral. El catolicismo, por el contrario, es una religión de sol, de luz, de contento, de satisfacción a todos los anhelos del espíritu: porque si Dios, realidad vivísima, es uno en su perfecta simplicidad de acto puro, sin mezcla de potencia alguna, y es la suma verdad y el sumo bien, conserva asimismo entre sus atributos el de la eterna y más alta belleza, y así, las ceremonias del culto son las manifestaciones de arte más acabadas que el mundo de la estética puede concebir. Recuérdense los elocuentes períodos de Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo* y el parlamento de Montimer en la *María Estuardo* de Schiller. Traigase a la memoria lo que ha sido el arte religioso en el correr de los tiempos y de las escuelas, y ante los ojos deslumbrados y ante el intelecto que se maravilla en la contemplación, verbi gracia, del *Cordeiro Místico* de los Van Eyck en la iglesia de San Bavon, de Gante, aparece la verdad de nuestra fe y del sistema inmenso que la traduce a las más elevadas aspiraciones de la inteligencia, del corazón y del gusto o facultad de deleitarse con lo bello.

La realidad de Dios y de la única religión verdadera que a Dios da culto abarca todos los elementos de aquella realidad, porque el amor los necesita todos. La liturgia, maravilla de pormenores en la continuidad orante de la Iglesia, *Ecclesia orans*, exalta cada día un misterio de nuestra religión sacrosanta, cumple así la renovación constante del sacrificio del Gólgota con armonía y unidad perfecta y, además, da normas a cada uno de los impulsos del alma que ama y no puede conformarse con un signo de representación cognoscitiva. El cristianismo da vida en cada momento a lo que constituye su esencia, a la redención de los hombres mediante el sacrificio del Dios de verdad y de amor que vino a la tierra para salvarnos y compartió con nosotros las desventuras de la naturaleza mortal. El origen del mal está en el pecado de nuestros primeros padres y en la transmisión de la culpa a la Humanidad que de ellos

procede por vía de generación. No hay otra manera de explicar el mal si no hemos de perdernos en las fantasías de gnósticos, maniqueos, priscilianistas y albigenses, ni seguir las elucubraciones tan estrechas de espíritu con que impulsó Juan Jacobo las corrientes devastadoras de la Revolución Francesa. El pecado original es la clave de nuestras desdichas. Los mismos autores paganos lo han reconocido a su modo. Estúdiense a Tito Livio a través de Maquiavelo. El pecado necesitaba la redención y la redención pedía para realizarse que Dios tomase carne mortal en las entrañas de una Virgen concebida sin mancha, con excepción singularísima entre todas las criaturas; y sufriera muerte y pasión para salvarnos; y al tercer día resucitara; y ascendiese a los cielos en cuerpo y alma, inmortal por su propia virtud; y alviniese el Espíritu Santo sobre los Apóstoles con lenguas de fuego; y se anunciase la Parusia en el final de los siglos. El misterio de la redención se realizó todo entero. Vinieron los racionales a conocer la jerarquía de las tres Iglesias: la triunfante, la purgante y la militante, y el total de todos los acontecimientos había de ser rememorado cada año en los dos ciclos litúrgicos, temporal y santoral, referente el primero a Cristo, a sus atributos y potestades, y el segundo a la santificación de las almas. El catolicismo no señala para todos los días la misma oración. Cada fecha conmemora un misterio diferente. A cada estación del año corresponden meditaciones y plegarias distintas. De Adviento a Pentecostés se suceden en el oficio divino las diversas etapas del misterio de la Encarnación que preceden al de la Redención, y luego, según el domingo que coincide con el plenilunio de la luna pascual, se van escalonando las festividades, de la Septuagésima a la Trinidad, con el centro radiante de la Pascua florida y la unión obligatoria de nuestras almas con Cristo en el bautismo y para los bautizados en los sacramentos de la penitencia y de la comunión. No basta todavía a la magna realidad de Dios y al infinito de nuestros deseos de amor la conmemoración completa del ciclo temporal que da vida constante a la redención del género humano y rememora en las etapas precedentes la Encarnación del Verbo. María, la Madre de Dios,

intercesora amantísima entre el Eterno, su divino Hijo y las pobres criaturas que lloran en este valle de lágrimas, merece también un culto semejante, aunque inferior al de Dios, y surge la veneración de hiperdulia, no la adoración de latria, a la persona de María Inmaculada y siempre Virgen en las numerosas acciones de su vida y en las infinitas advocaciones con que la llaman sus hijos pidiendo misericordia para sus culpas y favor a sus necesidades y sed de justicia y de amor. Hay toda una teología mariana correspondiente a cada uno de los nombres y atributos que advertimos en la Madre de Dios y Madre de todos los nacidos de mujer, que así la denomina el mismo Jesucristo desde la Cruz antes de exhalar su último suspiro.

Religión el catolicismo de inmensas e inagotables realidades, ¿ha podido acabar con esto la unión de las criaturas con su Dios? En modo alguno. Quedan aún las fiestas de Cristo. Queda la conmemoración de la Eucaristía, que en España llamamos el Corpus. Viene en seguida el Sagrado Corazón de Jesús, conforme a las revelaciones del mismo Salvador en el siglo XIII a la benedictina Santa Gertrudis y a su aparición gloriosa en el XVII a la visitandina Santa Margarita María de Alacoque. Vemos más tarde la Transfiguración del Señor en el Tabor, donde oyen los Apóstoles las palabras del Eterno Padre y se une el nuevo Testamento con el Antiguo porque Pedro, Juan y Santiago han visto en la gloria, con la Trinidad, a Moisés y a Elías. Llega después, con el último domingo de octubre, la Fiesta de Cristo Rey. En ella se afirma la realeza de nuestro divino Redentor y se asegura una vez más el principio de jerarquía, base y consecuencia del cristianismo como resplandor del orden y la magnificencia de cuantas regiones del espíritu abarca la fe católica.

Hay todavía más variedad de formas en la adoración a Cristo. Ahí están todos los crucifijos, imágenes de un atributo o de un favor especial: el Cristo de Lepanto, el de la Fe, el de la Salud... Cada ciudad creyente tiene los suyos propios. En cada iglesia existe más de una imagen exaltada por la piedad de los fieles. Todavía se registra la devoción particular al Padre y al Espíritu Santo y al

misterio de las Tres Divinas personas, y el culto de adula a los santos, a los mártires, a los Pontífices, a las vírgenes, a los confesores, a los que en amor y en imitación de Cristo lograron santificar sus almas y hacernos partícipes de los bienes espirituales a que sus méritos les han conducido mediante un dogma del catolicismo: el de la Comunión de los Santos. De Pentecostés a Adviento celebra la Iglesia en el ciclo santoral las virtudes heroicas y el ejemplo de quienes subieron a los altares y son mensajeros, como los ángeles, entre Dios y los hombres.

Cada manifestación y atributo divino; cada momento de la vida del Salvador; cada uno de los aspectos íntimos en que se recrea la devoción de las almas piadosas; cada uno de los santos que cantan en la gloria las alabanzas del Altísimo, suelen tener en la Iglesia militante, ya una familia, ya una cofradía, ya una agrupación religiosa encargada en la tierra de exaltar su memoria y de ofrecer el modelo de sus virtudes, de su sabiduría, de su fe... La historia del monaquismo cristiano es otra demostración palmaria de la realidad y de la verdad de nuestras creencias y al mismo tiempo del torrente de vida espiritual a que cada una de las devociones responde. ¿Dónde han quedado ya aquellos signos intelectuales, como equis de un solo valor, en que se apoyan sin el Océano de realidades externas infinitas, las religiones falsas y las herejías que contra Cristo y su Iglesia se han suscitado? ¿Cómo acoger, para satisfacción de la mente y del alma entera, los varios *ismos* de la filosofía y de las ciencias sociales, que todo lo reducen a un esquema de razón? ¿Quién puede escoger aquéllo, con inteligencia y conciencia en la elección, cuando han llegado a su alma las armonías supremas de esta religión de amores, verdadero cosmos de sabiduría e integridad?

Ha de servirnos, además, de satisfacción el que toda la corriente del pensamiento moderno vaya también por estas vías, aun en los que no se atreven a volver del todo las espaldas al racionalismo. En los años actuales se lleva la vieja «filosofía existencial» de Kierkegaard, tan conocida de don Miguel de Unamuno, y alcanzan cada día renombre más levantado las tesis intuitivistas de Bergson, las

conclusiones antiintelectualistas de Max Scheller, la fenomenología o visión de las esencias (*Wesensschau*) de Husserl, teorías a las que confluye, por su lado, la «ontología descriptiva de la existencia», de Heidegger, con las denominadas «existencia baladí» y «existencia que se encuentra a sí misma». Se habla también actualmente en el mundo sabio de psicología metafísica. Todo conduce al ansia de vida y realidad completa que el racionalismo había secado en sus fuentes, como si el despertar de la Naturaleza en la primavera cuando resucita Cristo, pudiera compararse con el herbario de Rousseau en Ermenonville o el sistema taxonómico artificial y sexual de Linneo.

Las tendencias del pensamiento contemporáneo se amoldan a la augusta realidad del catolicismo y parece que asistimos al resplandor del orden en el Universo, al que alude Boecio en su *Consolación de la filosofía*, cuando dice:

... pulchrum pulcherrimus ipse.

Mundum mente gerens, similitque imagine formans.

LUIS ARAUJO-COSTA